

UNAMUNO EN LA INTERESANTE CORRESPONDENCIA CON UN ATEO PAMPLONES

La Universidad de Buenos Aires ha publicado una extensa correspondencia —hasta ahora inédita— sostenida a principios de siglo entre Unamuno y Pedro Jiménez Ilundáin, pamplonica ateo, residente en París. Por tratarse de un navarro y por la importancia suma de estas cartas para la exégesis de la angustia religiosa unamuniana, he creído interesante hacer un estudio de ellas para PRINCIPE DE VIANA.

A través de las cartas conocemos mucho mejor a! hombre que a través de sus obras. De ahí el interés con que se leyeron las cartas de Unamuno, publicadas los primeros años después de su muerte. A don Miguel querían oírle, más que las ideas o las frases, los suspiros, las rabiets y los «tacos». Todo esto se encuentra más fácilmente en sus cartas que en sus ensayos filosóficos. Resultó muy curiosa la correspondencia con Clarín y Ganivet. Pero ninguno de los epistolarios que conocemos tiene la trascendencia de éste para esclarecer la agonía teológica en que se resolvió la vida de Unamuno. Cuando escribe a Clarín deja al descubierto su ambición literaria; en sus escritos a Arzadun, sus amores íntimos, y en estos de Ilundáin, sus torturas religiosas. El problema del más allá polarizó la existencia entera del filósofo y su formidable capacidad de angustia religiosa.

Jiménez Ilundáin era un ejemplar típico de fin de siglo, ateo impertérrito y enemigo declarado de cuanto sabía a ultratumba. Me huele a seminarista que colgó la sotana y la fe, por las frecuentes alusiones a Urráburu y Liberatore, textos de filosofía escolástica en los seminarios. «Urráburu —añade— fué martirizador de mis años mozos.» Por otra parte, con frecuencia usa frases latinas. Vivió bastante tiempo en Bilbao, donde perteneció a la tertulia intelectual del doctor Areilza y el pintor Zuloaga. Bilbao siempre ha tenido al lado de su gran industria una veta intelectual, un «alto homo» de inquietud espiritual. Luego fué del grupo de Basterra, Equilor, Sánchez Mazas, el segundo Areilza y Mourlane. En la tertulia Ilundáin representaba el espíritu plenamente ganado por el agnosticismo de la hora. Pero pronto se trasladó a París, desde donde escribe sus interesantes cartas. Don Miguel, caballero andante del más allá, salió a la liza a romper lanzas contra el ateísmo descarado que el navarro le inculcaba. El que buscó siempre a Dios a través de las congojas de su espíritu, golpea furibundamente a quien se anquilosa en el ateísmo y en la *joie de vivre*.

Ilundáin, con rapidez lógica de hombre de negocios, viene a decirle que al margen del dogma no hay más lógica que la del paganismo. Le anima a dejarse de triquiñuelas y a profesar un ateísmo limpio.

No sé si le he entendido bien —escribe—, pero me ha parecido que usted, al querer descubrir todo su pensamiento en esta materia, trata de mostrarse cristiano, mas no católico. Paños calientes y nada más. Habrá muy pocos que le entiendan y menos que le sigan; y sus razones serán semillas arrojadas en cascajo... Mal que pese a nuestras tendencias atávicas, sólo el ateísmo (que si es una negación como palabra, no lo es de hecho), que no es seco y estéril, sino todo lo contrario, puesto que haría que el amor a una quimera (Dios) y nuestra tendencia, no innata, sino adquirida, a la continuación indefinida de nuestro yo fueran substituidos por el amor a la vida, a la humanidad y a la perpetuación de nuestro yo en la especie; sólo el ateísmo, repito, unido a la hermosa moral que de él puede desprenderse, es por ahora una solución y lo seguirá siendo tal vez para siempre (1).

Unamuno, aunque no es creyente ortodoxo, es un cristiano místico a su **talante**, y en su contestación hace una profesión sincera de fe en un Dios **personal y evangélico**:

Cada día toma mi fe un carácter más concreto y más histórico, y me aparto más de vaguedades. Estoy restableciendo a Dios en mi conciencia, al Dios personal y evangélico (que surge de entre las ruinas del Ente realísimo de la escolástica), al Padre de Cristo. No hay para los pueblos modernos salud fuera del cristianismo. Las diatribas de Nietzsche contra éste son inocentes, porque provienen de una profunda ignorancia. Nietzsche o no sabía lo que es cristianismo o fingía no saberlo. Se muestra casi tan ignorante como ese animalote de Haeckel, quien, cuando se lo saca de sus zoologías, divierte por las tonterías que dice.

Lo que de los franceses me dice usted confirma mi antipatía hacia ellos. Ese pueblo avaro, bon vivant, lleno de bon sens, me apesta. Me han enseñado a repugnarlo todos sus clásicos, su Zola (que es la cabeza más antifilosófica y el pensador más ramplón), su Loti, su Bourget, su Rostand y, sobre todo, Barrés, Brunetière, Lemaître y demás chauvins y los chroniqueurs (2).

Ilundáin vuelve a la carga con precisiones de «contable» y con ataques mordaces a las «manías religiosas» de Unamuno. Fuera de los doctores de la **Iglesia** no encuentra más santo Padre que el viejo Anacreonte, que amarraba con rosas los minutos fugaces de la vida. Le aconseja que se despreocupe del más allá y se dé al *bonvivantismo*, tan francés, que cuenta con tantos seguidores (3). Desde hacía tiempo venía preocupando a los amigos de Unamuno **el sesgo**, equivocado para ellos, que iba tomando su religiosidad. De consuno

(1) Noisy-le Sec, 23 feb. 1902 p. 122. Las citas están tomadas de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* n. 333, amablemente cedida por mi amigo J. M. Iribarren.

(2) Salamanca, 13 mayo 1902, p. 128.

(3) En *Mi religión y otros ensayos* escribía contra esa infecunda *joie de vivre*. "Algunos han traducido esto: La alegría de vivir. Pero no es más que una traducción. Eso de la alegría de vivir es, digan lo que quieran, un galicismo. Esa no es una expresión castiza. No recuerdo haberla leído en ninguno de nuestros clásicos. Porque el delito mayor del hombre es haber nacido. Ya lo creo".

quisieron sus amigos curarle de este mal. Areilza, médico, le persuadía se trataba de una neurastenia maligna, que podría tener desenlace fatal. Ilundáin le escribe una de esas cartas desenfadadas, que eran su especialidad. No tenía el navarro pelos en la lengua. Poca huella hizo en el espíritu de Unamuno esta andanada antirreligiosa. Toda la prédica *bonvivantista* no le rozó la epidermis, muy endurecida para el frío ateísmo:

Hay en usted algo que me preocupa, y es su estado moral, idéntico al que se encontraba cuando publicó Paz en la guerra. Todo se le vuelve hablar de eso que llama cristianismo, de su fe más o menos purificada, del restablecimiento de Dios en su conciencia, de teología... escolástica y todo, de mortíferos libros de mística y de guiringainas por el estilo.

Búrlese lo que quiera de mi consejo; pero tenga muy presente que en el fondo de usted hay un fraile dominico. Si no domina usted pronto y bien su temperamento místico-religioso, acabará éste por extraviarle por completo... En las circunstancias actuales, una desgracia o un revés bastarían para echarle nuevamente en brazos de cualquier zafío confesor, que por única medicina le obligaría a rezar el rosario, a empuñar un cirio en las procesiones y a renegar de todo liberalismo. ¡Caíste y caerás!... Pero no para siempre, porque las religiones son impotentes para consolar de una manera duradera las enfermedades de un espíritu el cual cuenta a su servicio una gran inteligencia que comió la manzana.

Demuestra usted mucho odio a los franceses y esto me tranquiliza un poco. El que odia no está lejos de amar. Siga odiándolos, que tal vez de ese modo llegue a empaparse en su bonvivantismo, que tanto bien haría a uno como usted. La alegría es sana, es joven, es simpática y agradable. La tristeza es senectud, enfermedad, antipatía. Pero no sé a dónde diablos voy a parar, ni para qué digo todo esto, sabiendo, como sé, que aconsejar es a menudo sugerir las propias necesidades (4).

A este ateísmo materialista, descaradamente vividor, el fraile dominico, que Unamuno llevaba dentro, según su amigo, responde con mística fiereza, con esos desplantes y ese vigor polemista, propios del duro luchador bilbaíno. Tiene sed de eternidad y no puede contentarse con la vida (5). Y, a fin de cuentas, cree que los místicos, aun en esta vida, viven más contentos que los sensuales. Apunta, de paso, sus influencias kantianas en no admitir la demostrabilidad de la existencia de Dios:

(4) París, 22 mayo, 1902, p. 132.

(5) Estas mismas ideas, esta hambre de eternidad, las repetía doce años después, acaso pensando en Ilundáin. en su obra *Del sentimiento trágico de la vida: ¿Que es arregosto de vivir la joie de vivre de que ahora nos hablan? El hambre de Dios, la sed de eternidad, de sobrevivir nos ahogará siempre ese pobre goce de la vicia que pasa y no queda.*

Yo no digo que merezcamos un más allá, ni que la lógica nos lo muestre; digo que lo necesito, merézcalo o no, y nada más. Digo que lo que pasa no me satisface, que tengo sed de eternidad, y que sin ella todo me es igual. Yo necesito eso, lo ne-ce-si-to. Y sin ello, ni hay alegría de vivir, ni la alegría de vivir quiere decir nada. Es muy cómodo eso de decir: «Hay que vivir, hay que contentarse con la vida». ¿Y los que no nos contentamos con ella? Después de todo, no soy triste.

No sacrifico mis gustos y necesidades presentes a un futuro, desconocido, ya que mi mayor gusto y mi mayor necesidad presente es pensar en el más allá. San Simeón Estilita hallaba su gusto y su necesidad presente en su columna; y no sé por qué había de sacrificarlo a una joie de vivre, que no sentía. No me explico que el que prefiera el placer de cierta clase (comer o beber bien) censure al que prefiere otro (masturbarse la mollera con teologías o darse de zurriagazos). ¿Quién entiende mejor la vida? Cada uno la suya. Y, en el fondo, los sensuales son más tristes que los místicos. Yo vivo contento con mis místicas (6).

Fracasó totalmente la campaña emprendida por sus amigos para sacarlo de sus pensamientos sobre la muerte, la eternidad y Dios, incitándole a hartar con pan de goce terrenal su insaciable hambre de inmortalidad. En el verano de 1902, como era su costumbre, don Miguel se traslada a Bilbao, buscando la buena temperatura de la costa para adelantar sus publicaciones. Se reservaba el otoño, la mejor época del año en Salamanca, para tomarse el descanso.

Su estancia en Bilbao le puso en contacto con Areilza, quien adolecía de un ateísmo en nada inferior al de Ilundáin. Areilza descollaba en la tertulia por su chispeante ingenio, y era temido por sus pullas y humoradas. Ilundáin había cifrado en él mayores esperanzas que en Unamuno. Pero careció del tesón y constancia que para el escritor es el fundamento de su grandeza.

Los conatos de sacar a Unamuno de sus ideas y de convertirle en uno de tantos vulgares ateos, entregados a «coronar de rosas antes de que se marchiten» como dice el Eclesiastés, no tuvieron éxito (7). Areilza hizo chacota

(6) Salamanca, 10 agosto, 1902, p. 135.

(7) En 13 de junio, de 1902 escribía Areilza a Ilundáin haciendo una traza cruel de Unamuno: "Me pidé detalles de la vida interior de nuestro amigo Unamuno para darse cuenta de muchas cosas que escribe... Se manifiesta ose proceso preparador de sus nuevas creencias por la inquietud y angustia filosófica ante los problemas pavorosos de la existencia y de la no existencia. En sus primeros tiempos de positivismo *enragé* le sonreía la vida en forma de un tío sevillano muy rico, sin herederos; pero aquél murió sin dejarle nada y tuvo que buscar nuevos horizontes, puesto que su familia tampoco andaba bien, después de un negocio de panadería en que se hallaban metidos. Hizo oposición cinco veces antes de obtener plaza; y por entonces se casó a disgusto de la familia con una novia de la niñez, más buena que lista, más graciosa que guapa y más económica que rica. Su ensayo de padre le dió un hidrocefalo. y su ensayo de novelista pérdidas de dinero, nublandosele esta vida, mientras permanecía la otra cerrada para sus convicciones positivas". Fidalgo, otro de sus antiguos contertulios, completaba estas pinceladas en carta a Ilundain: "Observará que en esta hermosa y exacta biografía faltan algunas pinceladas muy necesarias para poder bien darse cuenta del tipo Unamuno y de todos sus congéneres. Nada nos dice del yoísmo agudo que padecen. Cartas y escritos donde el noventa por ciento de verbos está en presente de indicativo y donde la primera persona se repite constante e implacablemente a todo propósito y fuera de él. ¿Y la monomanía de la sinceridad." Parece ser para ellos la cualidad madre".

de él en la Peña *Gallarta*. La feroz oposición de ideas y los repetidos ataques mutuos enconó sus espíritus, poniéndoles a pique de romper su amistad. En la infancia habían acudido juntos a la escuela, vestidos como aldeanos, según cuenta Baroja. Unamuno no sale nunca de sus «manías religiosas» y de sus preocupaciones por la otra vida. Se declara un sentidor y odia todo intelectualismo. Tiene mucho, muchísimo miedo a morir. Esta carta es una de las más características del filósofo. Resuenan en ella todas las notas más profundas de su alma y su empeño por remover las conciencias de la pereza y la desidia religiosa. Quiere convertirse en apóstol, cuya misión es meter en las almas la vivificadora inquietud religiosa. El protestantismo en esta época oscurecía su inteligencia y arde en deseos de protestantizar a España para ponerla a salvo —según él creía— de su irreligiosidad e indiferencia. Más tarde descubrirá que este protestantismo histórico, lejos de sacudir a las almas y despertarles el ansia de eternidad, les conduce a la inútil comodidad de la vida:

Si estuviese yo convencido, como lo estoy de una proposición matemática, de que el día de mi muerte es el día de la cesación de mi conciencia individual, si bajo las ruinas amontonadas por mi razón no me quedase un rescoldo de fe en la inmortalidad del alma, mi vida espiritual habría muerto.

Y de los que no quieren pensar en esto pienso con Pascal: «Cette négligence en une affaire où il s'agit d'eux mêmes, de leur éternité, de leur tout, m'irrite plus qu'elle ne m'attendrit; elle m'étonne et m'épouvante: c'est un monstre pour moi». Y todas las razones que se den huelgan, porque me las he dado yo antes. Me cago en las razones.

Odio el racionalismo. Y he de proclamar lo que Kierkegaard llama el irracionalismo... Sí, temo mucho, muchísimo morir; tiemblo ante la imagen de la muerte. El porqué no lo sé...

Lo del protestantismo no le parece a usted solución eficaz y posible en España. Yo creo que es acaso la única que pueda salvarnos del irreligiosismo o de la indiferencia o del olvido de la otra vida. Y esto lo dice uno que no usa disfraz, que reza todas las noches, que resiste con todo el corazón y todas sus fuerzas la invasión del positivismo y que no quiere caer (a falta de otro nombre) en la joie de vivre, porque se alimenta de l'espérance de survivre, que se opone a aquélla... La obsesión de la muerte viene de plenitud de vida; la tenemos los que sentimos que la vida nos desborda, y porque nos desborda la queremos inacabable. Se aferran a la vida los débiles. Lo que hay que inocular a los hombres es la fe en otra vida personal...

Hay en su carta un párrafo de que protesto, y protesto con toda mi alma, sin disfraz, tal cual soy, no tal cual otros se imaginan que yo sea. El párrafo es éste: «Sin la ciencia positiva que (decía el amigo citado) constituye el fondo de su gran saber, no serían excusables sus paradojas y juegos de palabras». No hay tales paradojas en este sentido. Además, si la ciencia positiva constituye el fondo de mi saber, grande o chico, mi saber no soy yo ni soy un mero receptáculo de ese saber. Por debajo de ese saber, que, como todo saber, es siempre pegadizo, por debajo de esa

ciencia en que me cago, estoy yo, yo, yo, yo, mi alma, mis anhelos, mis pasiones, mis amores... ¿Qué culpa tengo yo de que alguien se haya podido imaginar que soy un sabio encargado de enseñar conocimientos útiles a mis compatriotas y no un... (diré lo que siento) y no un apóstol, o un poeta, o un sentidor, cuya misión es sacudir las almas, despertarlas, meterles la vivificadora inquietud religiosa del más allá, consolarlas de haber nacido, o persuadir a mi pueblo a que sea él y no otro?... Yo no hago juegos de palabras, ni paradojas en el sentido que a esto se presta. Yo vierto mi alma. Y si parecen paradojas es porque no soy un hombre moderno, porque la civilización y la ciencia actuales me repugnan, porque prefiero a los savants los sages, y a toda la ciencia de los especialistas, la sabiduría del Eclesiastés, de la Imitación de Cristo, de los hondos sentidores (8).

Vemos que sus cartas no son pura prosa especulativa; son activas, apostólicas. Mas que exponer ideas recomiendan planes de vida, contienen sentimientos, modos de pensar y de ser. En otra carta aconseja a Iludáin que lea el Evangelio continuamente; le propone que, como él, aun sin fe, se ajuste a ciertas prácticas religiosas de su niñez creyente, que entre en sí, que rece... A veces nos da la impresión de un cura laico con ese manejo de valores sobrenaturales, de un cura vestido de chaqueta, con el jersey negro cerrado sobre el pescuezo, como un alzacuellos de *clergyman*, nos dice Hernán Benítez. Su traje y su honestidad de conducta, sus cartas de director espiritual, nos quieren convencer de que Unamuno se consumía en un ascético rigor, digno de mejor causa.

En una de sus cartas, auténtica joya autobiográfica de valor inestimable, nos cuenta un episodio de su vida, muy significativo. Siendo «casi un niño», al volver cierta vez de comulgar, decidióse a abrir el Evangelio al azar y poner el dedo sobre un versículo. Le sale aquel que dice: Id y predicad el Evangelio a *todas las naciones*. Don Miguel se estremeció. ¿Deberá hacerse sacerdote? «Pero entonces —nos dice—, como estaba ya en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tentar de nuevo y pedir aclaraciones.» Abre el Evangelio al volver otra vez de comulgar y le sale el versículo de San Juan: *Ya os lo he dicho y no habéis entendido, ¿por qué lo queréis oh otra vez?* La respuesta le escalofrió. Don Miguel termina su relación: «En mucho tiempo repercutió la sentencia en mi interior y el recuerdo de aquellas palabras me ha seguido siempre».

En esta correspondencia con Iludáin se coloca desde el primer momento ante la paganía de su amigo en un plano de verdadero director espiritual. No habría más que cambiar algunas palabras para que la carta resultara de cualquier cura o confesor. ¿Qué es lo que le falta para que ese ímpetu apostólico hubiera sido metido en orden y concierto católico? «La Iglesia católica —escribe Unamuno— no es en gran parte más que un monstruoso compromiso entre dos fuerzas que se destruyen: el Derecho Romano y el Evangelio». Ese es todo el nudo de su objeción. El ve en el Evangelio una construcción pura de justicia, no de ley; de gracia, no de derecho; y en el catolicismo, una ar-

(8) Salamanca, 7 dic, 1902, p. 150-51.

madura romanista de hierro, en la que la buena nueva de Jesús padece torturas, como en un potro. Esta es su desilusión. Por eso odió al catolicismo romano, vaticanista. Añoró un Evangelio puro, en una sociedad de hombres hermanados por idéntica hambre de eternidad. «Postura deshumanizada —escribe Pemán— de místico puro, de puritano angélico, que exige un Evangelio total, sin hombres que lo vayan realizando poco a poco, sin historicidad impura. Religión toda vencida del lado de la Divinidad, con olvido de la Humanidad y de la Encarnación.»

Desde la última epístola de Unamuno, en diciembre de 1902, hasta febrero de 1904, han pasado catorce meses. En este tiempo las cosas han cambiado fundamentalmente. Ilundáin, apologista de la vida alegre, despreocupada, padece honda crisis moral, le desespera la esterilidad de su vida. Tiene éxitos económicos. Pero no le compensan la aridez de su espíritu. No le divierte la ciudad de París y empieza a invadir su alma el *taedium vitae*, el hastío de vivir, la clásica enfermedad del hombre que ha gozado mucho sin ningún soporte espiritual. Al fin Ilundáin canta la palinodia y se da por vencido en ese pugilato espiritual entablado con el rector de Salamanca:

Absorbido por un trabajo aplastante y sin tiempo, desde hace ocho meses, ni aun para escribir a mi familia y amigos, vivo en París en un completo aislamiento, que se me está haciendo demasiado duro. La depresión física y moral, que causa a la larga este continuo y permanente bregar con cifras e intereses, sin contrapeso alguno que venga a quitarles la aridez que en sí llevan para quien apenas considera el dinero como un medio, pero jamás como un fin. me hace acudir a usted, como antaño en ocasión análoga, pidiendo consuelo y ánimo para poder sobrellevar una vida estéril para todo lo espiritual, a fuerza de ser fecunda para lo material. Y aun en este punto vendría bien el *Sic vos non vobis...* del eglotista. Su bondad le hará comprender lo que deseo y lo que me conviene, y no le permitirá negármelo (9).

Y en otra de sus cartas, lleno de desilusión para todo goce terreno y de escepticismo para todo lo que no sea espiritual, añade:

¿Qué puede ocurrir o saberse en París que usted no conozca como yo, aun sin vivir aquí? ¿Hablarle de lo que se chismorrea hasta en los cafés del último villorrio: guerra ruso-japonesa, separación de la Iglesia y el Estado, complot militar... en esta Francia que quiere imitar nuestros pronunciamientos, pero que, sobrándole deseos, le falta coraje para ello? En filosofía, arte y literatura, ni una idea, ni un hombre nuevo. Sólo merece citarse el hermoso movimiento religioso que, iniciado no hace mucho en el país de Gales, de aldea en ciudad, se extiende por la Inglaterra toda. Es un nuevo brote del cristianismo, nacido de su misma raíz: del amor a todo y a todos. Sus preceptos: el amor y el perdón, en las reuniones de los iniciados juega el canto un papel principal como el verbo, como manera más sencilla de llegar al corazón de los humildes y pobres de

(9) París, feb. 1904, p. 155.

espíritu. Es un movimiento que hará hablar de él. Inglaterra, la patria de los santos (como se la llamará algún día), lo sigue siendo, y merece, sin duda, ser lo que es.

Sus Comentarios a la Vida de Don Quijote y Sancho, su nuevo libro, que me acaba de llegar —y mil gracias por él y por su recuerdo—, encierran, a mi ver, toda una filosofía místico-unamunista, atinadísima, original, profunda a menudo, pero a ratos pasándose de sutil...

Leo en su libro que todos queremos decir con las mismas palabras las mismas cosas. Yo quisiera entender lo que usted quiere decir, desearía saber, con grande y verdadero interés, qué es lo que para usted significa la palabra Dios, que tan frecuentemente la saca a colación en su libro y en todas las cosas que lleva escritas. Con toda verdad le digo que sólo de una manera aproximada alcanzo a darme idea de lo que tal palabra significa en sus escritos, y eso me los hace un tanto ininteligibles. Cuando no le escasee tiempo, le agradecería se tomara el trabajo de ejercer conmigo la obra de misericordia de enseñar al que no sabe y desea saber (10).

Unamuno le contesta con el corazón abierto, dándole cuenta, por contraposición, de su vida. Para él esta preocupación del más allá serena y alegra su vida. Quiere que en el corazón de su amigo brote la esperanza:

Deseaba escribirle —pues hace tiempo le tengo desatendido— cuando recibo su carta. Al leerla, perdónemelo, mi primer movimiento fué de cierta egoísta y pecaminosa complacencia. Al decirme que el trabajo a que está adscripto le tiene deprimido física y moralmente, cierto bajo consuelo me hizo volver los ojos a mí y decirme:

«Mira, Miguel, tu trabajo apenas basta para sostener con algún decoro a los tuyos. Vives hasta con estrechez; y, si te murieras, se quedarían tu mujer y tus hijos sin más amparo que el de tu madre, una miserabilísima viudedad y una mezquina renta de tu póliza de seguro. Eres pobre, Miguel, muy pobre, pero tu trabajo lo haces alegremente, y te brota espontáneamente».

Porque sí, amigo Ilundáin, a las veces me arrepiento de lo poco que me he cuidado siempre de cosas de intereses, de mi prodigalidad de espíritu; pero nunca he tenido ni mejor salud, ni mejor humor y ánimo. Estoy contento, muy contento, lleno de vida, y por dentro muy alegre. ¿Cómo podría yo comunicarle algo de esto? Y, créame, tengo fuertes motivos para creer que mi constante preocupación por las ultratumberías, por el problema de la muerte y del más allá y por lo religioso, es lo que serena y alegra mi vida. No comprendo que pueda llevarse la vida con alegría no queriendo ver más allá de ella. ¿Por qué no intenta usted sugerirse el «quién sabe»?... ¿Por qué no intenta abrirle puertas a la esperanza?...

Siento cada vez mejor aquello de Cristo, de que no nos acongojemos por el día de mañana e imitemos a los lirios y a los pájaros. Es de lo más terrible de la vida moderna esa esclavitud a ganarse el pan de

(10) París, 25 abril, 1905, p. 169.

mañana. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. ¡Hoy, hoy, hoy...! ¿Mañana? ¡Dios dirá! Hay que vivir y no trabajar estérilmente. ¿No tiene modo de aflojar algún tanto las cadenas de ese trabajo abrumador? (11).

Unos meses más tarde le contesta respecto al concepto que tiene formado de Dios. Vuelve a insistir en la insuficiencia probática de los argumentos lógicos y nos confiesa la experiencia personal que tiene de El, juntamente con su fe en un Dios personal:

Lo más cómodo me sería remitirle a mi Tratado del amor de Dios, que estoy escribiendo ahora (12); pero prefiero decirle lisa y llanamente que por Dios entiendo lo mismo que entienden la mayoría de los cristianos: un ser personal, consciente, infinito y eterno, que rige el Universo. Es la Conciencia de éste. Y me extraña que me lo pregunte. Usted podrá sorprenderse de que yo crea en Dios, en el Dios personal de la Teología cristiana, pero no debe preguntar qué quiero decir con eso. Dios en mis escritos quiere decir lo mismo que en los escritos de los escritores cristianos. No soy ateo, ni panteísta. Me parecen ¿superficialidades las cosas de un Büchner o de un Haeckel. Creo que el Universo tiene una finalidad, y una finalidad espiritual y ética.

Lo que sí le diré, y por ahí empieza mi Tratado del amor de Dios, es que con argumentos lógicos no se llega más que a la idea de Dios, no a Dios mismo. Y esa idea es una hipótesis, y, como tal hipótesis, muy mediana, pues lo que no se explica sin El tampoco con El se explica. Ni en ciencia, ni en metafísica hace falta Dios. Pero creo en El porque tengo de El experiencia personal, porque lo siento obrar y vivir en mí. Y no me pregunte más de esto, que ni es cuestión de razonar ni me gustan las polémicas. Me quedo con mi Dios y le pido se manifieste a los demás (13).

Y no sólo en sus cartas. En su vida misma aparecen datos que suscriben su religiosidad. En el destierro de Fuerteventura nos asegura que pudo enriquecer su íntima experiencia religiosa y hasta mística. De su cuello pendía un pequeño crucifijo, detalle íntimo, cristiano, que le acompañó durante su existencia y a la hora de la muerte. Otro dato muy significativo es que sus cartas a Clarín, a partir de 1900, las encabeza con una diminuta cruz, de mano firme, con afán de continuada presencia.

Por todos estos motivos no ha faltado quien, antes de condenar la Santa Sede dos de sus libros, defendiera su ortodoxia, auténticamente cristiana y

(11) Salamanca, 8 feb. 1904, p. 158.

(12) Con frecuencia hace alusión en sus cartas a su *Tratado del amor de Dios*. El tema de Dios era su tema. El 8 de diciembre de 1905 Areilza escribía a Ilundain: "No sé si le dije que Don Miguel se ocupa en estos momentos de escribir una obra sobre el amor de Dios, que supongo será sobre su amor propio". El solo anuncio del libro sobre un tema tan sugestivo era un desafío al ateísmo de Ilundain, Areilza, Barco, etc. El nuevo libro se esperaba con impaciencia. A comienzos de 1911 se empezó su publicación, pero bajo el título de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, libro capital de su filosofía, puesto últimamente en el índice de libros prohibidos con *La agonía del cristianismo*.

(13) Salamanca, 9 mayo, 1905, p. 171-172.

aun católica (14). Pero difícilmente se podrá salvar el catolicismo de quien escribe en su ensayo *Mi religión* que no se quiere dejar encasillar diciendo **que** es luterano, calvinista, católico, ateo, racionalista y místico, porque «yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, sol especie única»; de quien afirma que en el terreno religioso apenas **hay** cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, rechazando las pruebas de **la** existencia de Dios y colocándose en un plano agnóstico.

Julián Marías coloca a Unamuno en posición media: ni cristiano, por **faltarle** la fe estricta, ni sólo filocristiano, por sobrarle hondura de espíritu religioso. Durmió en el cubil de la duda, porque no sentía la urgencia última de **la** muerte. Lo que a Unamuno le faltó para poder compaginar aquella paradoja **del** Cristianismo y su Evangelio era preparación positiva religiosa y un poco de humildad para colocar su alma, vaso agónico de problemas, en la corriente de una tradición de ciencia católica, elaborada y positiva. Veinte siglos de ciencia religiosa, pesa algo en la vida. Hubiera sido oportuno ensayar el interrogar humildemente a esos veinte siglos, en vez de interrogarse tanto a sí mismo.

Pero siempre descansó en una creencia radical. Su religión profunda le **hacía** sentir a Dios en el *substratum* de sus dudas. Todo lo **cual** inclina a suponer que creía más, tal vez, de lo que aparecía.

Ignacio ELIZALDE, S. J.

(14) Romero Flórez, Unamuno. Notas sobre la vida y la obra de un máximo español. Madrid, 1941.